

LA

EL PECADO
MÁS CONTAGIOSO

AMAR-

GURA



**JAIME
MIRÓN**

LA

EL PECADO
MÁS CONTAGIOSO

AMAR-

GURA

JAIME MIRÓN



*Tyndale House Publishers, Inc.
Carol Stream, Illinois, EE. UU.*

Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

La amargura: El pecado más contagioso

© 2017 por Jaime Mirón. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada © por Nailia Schwarz/Stocksy.com. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor por Benjamin Edwards © 2010. Todos los derechos reservados.

Diseño: Libby Dykstra

Edición: Christine Kindberg

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas indicadas con RVR60 han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizada con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society, y se puede usar solamente bajo licencia.

Las citas bíblicas indicadas con RVC han sido tomadas de la versión Reina Valera Contemporánea © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas.

Las citas bíblicas indicadas con PDT han sido tomadas de Palabra de Dios para Todos © 2005, 2008, 2012 Centro Mundial de Traducción de La Biblia.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Names: Mirón, Jaime, author.

Title: La amargura : el pecado más contagioso / Jaime Mirón .

Description: Carol Stream, Illinois, EE.UU. : Tyndale House Publishers, Inc., 2017.

| Includes bibliographical references.

Identifiers: LCCN 2017022814 | ISBN 9781496426345 (sc)

Subjects: LCSH: Resentment. | Forgiveness. | Emotions—Religious aspects—

Christianity. | Interpersonal relations—Religious aspects—Christianity.

Classification: LCC BV4627.R37 M57 2017 | DDC 241/.3—dc23

LC record available at <https://lccn.loc.gov/2017022814>

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

23	22	21	20	19	18	17
7	6	5	4	3	2	1

CONTENIDO

PREFACIO:

La amargura nos afecta a todos. . . . v

CAPÍTULO 1 ¿Qué es la amargura? 1

CAPÍTULO 2 Compañeros de la amargura. 13

CAPÍTULO 3 Las consecuencias de la amargura. . 31

UN EXAMEN 41

CAPÍTULO 4 Maneras no bíblicas de tratar
con la amargura 49

CAPÍTULO 5 Solución para la amargura,
1.ª parte: Buscar el perdón
de Dios y de la otra persona 61

CAPÍTULO 6 Solución para la amargura,
2.ª parte: Perdonar al ofensor 79

EPÍLOGO 95

NOTAS 100

PREFACIO

LA AMARGURA NOS AFECTA A TODOS

FUE EN JUNIO DE 1972 cuando recibí las noticias espeluznantes.

Todo iba bien en mi vida: tenía treinta años de edad, había nacido nuestro primer hijo y yo trabajaba con el equipo de Luis Palau, quien había comenzado a sonar en toda América Latina. Luis Palau incluso me había invitado a acompañarlo en un viaje a la ciudad de Dallas, Texas en EE. UU. para asistir a una conferencia patrocinada por Cruzada Estudiantil y Profesional para Cristo. Sin embargo, el día anterior a nuestra salida, le comenté a mi esposa que no tenía paz acerca de acompañar a Luis. Este sentimiento llegó a ser tan fuerte que se lo conté a Luis, y él me dijo: «Jaime, si no tienes paz, mejor quédate en casa. Yo me las arreglo solo».

Al día siguiente, recibí una llamada de mi madre en la que me dijo que dos ladrones habían entrado en la oficina de mi padre y lo habían matado a sangre fría, robando menos de cincuenta dólares. Ni siquiera tuve el consuelo de poder decir: «Bueno, papá está con el Señor», porque a pesar de ser

una buena persona, ni mi padre ni nadie en mi familia tenían tiempo para Dios.

En este caso, ¿no sería justificable enojarme, guardar rencor, buscar venganza y amargarme? Después de todo, mi hijo de solo tres meses no iba a conocer a su abuelo, y yo no tendría la oportunidad de ver a mi papá en el cielo. Realmente, ¿cuáles eran mis opciones? ¿Enojarme y hundirme en una profunda amargura? ¿Buscar venganza? ¿Culpar a Dios? No, tenía un compromiso bíblico con Dios de procurar llevar una vida santa en todos los aspectos de la vida. La respuesta inmediata era perdonar a los criminales y dejar la situación en manos de Dios y de las autoridades civiles.

¿Tristeza? Sí. ¿Lágrimas? Muchas. ¿Dificultades después? En cantidad. ¿Consecuencias? Por supuesto: mi madre nunca pudo superar la amargura. ¿Fue injusto? Indiscutiblemente. ¿Hubo otras personas amargadas? Toda mi familia. ¿Viví, o vivo, con una raíz de amargura en mi corazón? Por la gracia de Dios, no. Como dice la Palabra: «Mi gracia es todo lo que necesitas; mi poder actúa mejor en la debilidad» (2 Corintios 12:9).

Años después, el tema de la amargura volvió a surgir cuando mi esposa y yo sufrimos un grave problema en la iglesia a la que asistíamos. Había una seria diferencia de filosofía de ministerio entre los diáconos y los ancianos (siendo yo uno de los ancianos), pero lo que causó la desunión no fue el problema en sí —que se habría podido resolver buscando a Dios en oración y en su Palabra y teniendo un franco diálogo entre las partes—, sino el hecho de que las personas ofendidas dieron lugar a los chismes y a la resultante amargura.

En medio de esa crisis en nuestra iglesia, tuve que viajar a otro país para enseñar sobre el tema: «Cómo aconsejar empleando principios bíblicos». Era domingo por la mañana y esperaba que me pasaran a buscar para llevarme a una iglesia para predicar. Puesto que el culto comenzaba tarde, contaba con un par de horas para descansar y prendí el televisor. Allí predicaba el pastor de la iglesia más grande de la ciudad. No podía creer lo que oía.

El pastor predicaba sobre el tema que yo había enseñado el día anterior: el perdón. Como si un rayo penetrara en mi corazón, el Espíritu Santo me mostró que yo también era culpable de no perdonar y de haber dejado crecer una raíz de amargura en mi vida por lo que ocurría en nuestra congregación. De forma inmediata, me arrodillé para confesar el pecado, recibir el perdón de Dios y perdonar a los que me habían hecho daño. ¡Qué alivio trajo a mi alma! Era como si alguien quitara un peso enorme de mis hombros.

De la experiencia que mi esposa y yo sufrimos en nuestra iglesia aprendí que la amargura es el pecado más fácil de justificar y el más difícil de detectar porque es muy sencillo disculparlo ante uno mismo, ante los demás y ante Dios. A la vez, es uno de los pecados más comunes, más peligrosos, más perjudiciales y —como veremos— el más contagioso.

Al escribir este libro, es mi esperanza y oración que quienes estén regidos por la amargura se den cuenta de que en verdad eso es pecado y que encuentren la libertad que solo el perdón y la maravillosa gracia de Dios les pueden ofrecer.

CAPÍTULO 1

¿QUÉ ES LA AMARGURA?

Cuidense unos a otros, para que ninguno de ustedes deje de recibir la gracia de Dios. Tengan cuidado de que no brote ninguna raíz venenosa de amargura, la cual los trastorne a ustedes y envenene a muchos.

(HEBREOS 12:15)

«JAIME —EXCLAMÓ EL PASTOR—, ¿puedes hablar con Alberto, uno de mis diáconos?».

El pastor me contó la historia. Tres años antes, la esposa de Alberto había abandonado el hogar y se había ido con otro hombre a la ciudad capital, dejando a su marido y a sus dos hijos. El pastor me explicó que los esposos eran buenos cristianos y que «no había motivo» para que ella abandonara a su familia. Unas seis semanas después, la mujer entró en razón y volvió a casa arrepentida. De forma inmediata, le pidió perdón a Alberto y a los hijos, y hasta se presentó ante la congregación para mostrar públicamente su arrepentimiento y su disposición a sujetarse a la disciplina de la iglesia.

Sin embargo, Alberto me explicó en palabras terminantes que, aunque había permitido que su esposa regresara al hogar, no la había perdonado y no pensaba perdonarla. Peor todavía, declaró que estaba dispuesto a esperar hasta que los hijos, de seis y nueve años, crecieran y salieran de la casa para vengarse de ella. Aunque había transcurrido poco tiempo desde el incidente con su esposa, ya se veían huellas de amargura en el rostro de Alberto.

En otro caso, Eduardo, un pastor, me dijo con lágrimas en los ojos que su esposa le había mentado. Cuando andaban de novios, ella le había dicho que era virgen, pero cuando se casaron él se dio cuenta de que ella no lo era. «Estoy tan amargado», me dijo entre sollozos. Le pregunté cuánto tiempo tenían de casados. La respuesta me dejó helado: ¡Veinticinco años!

La amargura no se ve solamente en casos tan extremos. Conozco a muchas personas que quedaron amargadas por ofensas que parecerían triviales. Menciono tres: 1) Rut se ofendió porque el pastor no estaba de acuerdo con su definición de *alabanza* y desde aquel momento comenzó a maquiñar maneras para sacarlo de la iglesia; 2) Luz, la esposa de Carlos, se amargó cuando a su esposo lo pasaron por alto para un ascenso en su trabajo; 3) Luisa, una profesora de Centroamérica, se sintió sola y triste porque su hija, yerno y nietos se habían mudado a otro país. Nuestro intercambio de correos electrónicos ilustra cuán sutil puede ser la amargura en la vida de un creyente: en su segundo correo, Luisa no utilizó la palabra *sola* sino *abandonada*, y en lugar de *triste*, surgió el término *enojada*. En las siguientes misivas, se hizo evidente

que estaba sumergida en la autocompasión y la amargura. Se sentía herida porque su hija la había «abandonado» y además estaba resentida porque, según ella, los demás familiares que vivían cerca no la tomaban en cuenta «después de todo lo que he hecho por ellos».

De las personas mencionadas arriba, y de muchas más, he aprendido cinco lecciones acerca de la amargura:

- El tiempo no sana todas las heridas.
- Una disculpa por el ofensor no necesariamente soluciona el problema.
- Puede suceder en la vida de un líder de la iglesia.
- Es capaz de enfriar a una persona en su vida cristiana.
- Por regla general, nos amargamos con las personas más cercanas a nosotros.

El siguiente ejemplo ilustra cómo la amargura puede dividir a amigos y familiares. Florencia, una joven de veintiún años, pertenece a una familia que durante años ha sufrido una contienda familiar. La pelea comenzó poco después del nacimiento de Florencia, sobre algo que al principio fue insignificante. Veinte años más tarde, alimentada por el rencor, la paranoia y vanas imaginaciones, existe una gran brecha entre dos bandos de la familia. A pesar de que casi todos son cristianos, la lucha es más fuerte que nunca. Florencia, tomando en serio lo que dice la Palabra de Dios sobre la amargura, es la única de la familia que no culpa a los demás ni alega que ella misma tiene razón. Con toda el alma, quiere que la familia se reconcilie. Sin embargo, se siente impotente

porque está bajo la amenaza de no poder volver a la casa de sus padres si pisa la propiedad de su hermana y su cuñado.

La definición de la amargura

En el griego del Nuevo Testamento, *amargura* proviene de una palabra que significa *punzar*. Su raíz hebrea agrega la idea de *algo pesado*. Finalmente, el uso de *amargura* en el griego clásico revela el concepto de *algo fuerte*. La *amargura*, entonces, es algo fuerte y pesado que punza hasta lo más profundo del corazón.

Un diccionario de conceptos en línea define la *amargura* de esta manera: «Dolor, pena, disgusto que va hacia los rasgos sentimentales profundos. [...] Producto del desengaño del alma llegando al pecado como un veneno contaminante y arrasa con los valores más sublimes como el amor. Se basa y alimenta de los pensamientos de pesadumbre, negativos y vengativos sin dar paso al perdón que lleva al odio como raíz de toda pena y miseria de la enfermedad espiritual»¹.

La *amargura* no sucede automáticamente cuando alguien se ofende, sino que es una reacción no bíblica —es decir, pecaminosa— a una ofensa o a una situación difícil.

Sin embargo, muchas veces los sentimientos de rencor son provocados por incidentes que fueron malinterpretados. A veces resultan de sucesos que nunca ocurrieron. Alguien piensa que una persona lo miraba con desprecio cuando, en realidad, ni lo estaba mirando; imagina que su jefe tiene un mal concepto de él cuando la verdad es que tiene problemas en casa; piensa que un amigo se da aires

de superioridad, pero ¿es cierto? Sucede con demasiada frecuencia: los resentimientos son producto de la propia imaginación. Sin embargo, imaginarios o no, la persona sigue resentida. Si el ofendido no arregla la situación con Dios, la amargura lo inducirá a imaginar más ofensas de la misma persona.

Hace años, en nuestra iglesia se convirtió a Cristo un alcohólico que sufría de cirrosis del hígado debido a tantos años de tomar. Tenía cita con el médico el lunes y pidió oración de los ancianos (vea Santiago 5:14-15). Oramos el viernes por la noche, y el lunes el médico no podía encontrar ni un rastro de cirrosis. ¡Dios lo sanó! Por eso, quedamos sorprendidos de lo que sucedió después. Un domingo, este querido hermano entró en el templo y saludó a uno de los ancianos, pero el anciano no le devolvió el saludo. Ahora bien, en defensa del anciano, tenía la mente ocupada en varias cosas, incluyendo a un hijo rebelde en casa; no vio al hermano ni recuerda el incidente. ¡Fue una ofensa imaginaria! Sin embargo, el hermano dejó la iglesia ofendido, y por más que hablamos con él, no cambió de parecer.

La amargura es una manera pecaminosa de responder que puede convertirse en una norma de vida. Además, la amargura anda con compañeros como la autocompasión, los sentimientos heridos, el enojo, el resentimiento, el rencor, la venganza, la envidia, la calumnia, los chismes, la paranoia y el cinismo. Es interesante notar que los que trabajan con adictos dicen que el resentimiento es un obstáculo para la recuperación. Para todos nosotros, es un impedimento en nuestro crecimiento espiritual.

La amargura es escurridiza

En un caso demasiado común, una dama tomó mal algo que le dijo otra mujer y se ofendió. Pensaba que la mujer la había ofendido a propósito. Por más que trataron de disuadirla, siguió resentida y salió de la iglesia. Que sepamos nosotros, nunca volvió a congregarse. Como se puede ver, la amargura es el resultado de sentimientos heridos muy profundos y, por lo tanto, es muy difícil desarraigarla. Hay tres razones por las que es tan difícil hacerlo:

El ofendido considera que la ofensa es culpa de otra persona. Por lo tanto, razona: «Él/ella debe acercarse a mí para pedirme disculpas y arrepentirse ante Dios. Yo soy la víctima».

Un afiliado de la amargura que puede trastornar a la gente y envenenar a muchos es la idolatría. El libro de Ezequiel nos explica que los ídolos del corazón son el origen del pecado: «Yo, el SEÑOR, les responderé a todos —sean israelitas o extranjeros— los que me rechazan y levantan ídolos en su corazón y así caen en pecado» (Ezequiel 14:7). Cuando una persona está segura de que tiene razón y se amarga, no importa lo que digan la Biblia, Dios u otros creyentes: le rinde culto al ídolo que ha levantado en el corazón, el ídolo de *estoy en lo correcto*. Le echa toda la culpa a la otra persona.

Como cristianos, normalmente nos sentimos culpables cuando cometemos un pecado. Sin embargo, no nos sentimos culpables por habernos amargado cuando alguien peca contra nosotros, pues la percepción de ser la víctima eclipsa cualquier sentimiento de culpa propia. Por lo tanto, este

pecado es muy fácil de justificar. Sin embargo, aun cuando haya una ofensa real y sea completamente falta de otra persona, la forma en que reaccionamos es nuestra responsabilidad. Entregarnos a la amargura siempre es un pecado.

Estuvimos en un país sudamericano en una cruzada con Luis Palau. Al llegar, un buen hermano nos ofreció su ayuda, incluyendo su auto y un chofer, y dijo: «Estoy para lustrar sus zapatos si es necesario, y no deseo ningún reconocimiento».

Efectivamente, el chofer nos llevó por toda la ciudad durante más de una semana. Llegó el último día de la cruzada y, frente a 25.000 personas en el estadio nacional, Luis estaba dando reconocimiento a una serie de personas que fueron decisivas en el desarrollo del evento. ¡Atención!, el nombre de este hermano se encontraba en la lista, pero los ojos de Luis se lo saltaron.

El día siguiente nos preparamos para salir y no apareció este hermano. Preocupados, preguntamos qué había sucedido, y uno de sus amigos nos dijo: «Quedó ofendido porque Luis no lo mencionó en el estadio anoche». De forma inmediata, Luis lo llamó por teléfono para pedirle disculpas. ¡No contestó el teléfono! Al llegar a casa, Luis le envió una carta pidiéndole perdón por no haberlo mencionado. Según miembros de la familia, no abrió la carta. Hemos vuelto a ese país varias veces y este querido hermano no desea tener nada que ver con nosotros. Sigue resentido.

Casi nadie nos ayuda a quitar la amargura de nuestra vida. Por el contrario, los amigos más íntimos afirman: «Tú tienes derecho; mira lo que te ha hecho», lo cual nos convence aún más de que estamos en lo cierto.

Es notable que la gente mencionada en Ezequiel 14, después de haber levantado ídolos en el corazón, se atreviera a acudir a un profeta en busca del visto bueno de Dios. Lo mismo sucede con la amargura: la persona amargada a menudo busca a alguien, generalmente un allegado, que le diga que su amargura es la reacción apropiada bajo las circunstancias.

Las personas que trabajan en una entidad cristiana no quedan exentas de problemas con la amargura. Un amigo que pertenecía a un ministerio evangélico quedó herido y resentido por lo que él consideraba una gran ofensa. Una mujer, también con rencor, le dijo que tenía razón y que cualquier sentimiento se podía justificar, incluyendo la amargura en contra de la empresa y, en forma especial, de su fundador. El uno incitó al otro, y los dos renunciaron enfadados. Años más tarde, el hombre, convencido por el Espíritu Santo (vea Juan 16:8), volvió y pidió perdón. Por otro lado, hasta el día de hoy, no se puede hablar con la dama acerca de ese ministerio sin que ella diga algo sarcástico.

Mencionar la amargura puede parecer falta de compasión. Si alguien cobra suficiente valor como para decirnos: «Estás amargado; eso es pecado contra Dios y debes arrepentirte», da la impresión de que a esa persona le falta compasión. Recuerde: el ofendido piensa que es la víctima y que la culpa es ajena.

Me sucedió esto durante un diálogo con una mujer que nunca se había podido recuperar de un gran mal cometido por su padre. Ella llevaba más de treinta años cultivando una amargura que floreció en todo un huerto. Con ternura (vea Gálatas 6:1) le mencioné que era hora de perdonar y soltar el pasado (vea Filipenses 3:13). Cuando lo hice, me acusó de

no tener compasión. Peor todavía, más tarde descubrí que se quejó a otras personas, diciendo que, como consejero, yo carecía de simpatía y compasión.

Hasta es posible perder la amistad de una persona por haberle aconsejado que quite la amargura de su vida, aunque al hacerlo seguimos el ejemplo de Pablo (vea Efesios 4:31).

La amargura dice: «No es justo»

Muchas veces, la amargura aparece cuando hay una aparente falta de justicia. Doy unos ejemplos.

Durante una cruzada en cierto país, varias personas, ya miembros de una iglesia, llegaron al Señor. En obediencia a Dios, querían ser bautizadas. Sin embargo, el pastor de la iglesia —también un recién convertido a pesar de que había sido pastor por años— no podía bautizarlos porque se habían bautizado de infantes. Con el visto bueno del pastor, pidieron que yo los bautizara.

De los cuatro que se bautizaron esa tarde, un hombre en particular me llamó la atención porque había sido abusivo con su esposa e hijos antes de recibir a Cristo; además, tomaba mucho y le era infiel a su esposa. Pero gracias a Dios, recibió a Cristo y el perdón por sus pecados. Fue un momento glorioso, y estaban presentes muchos amigos y varios parientes, incluidos su esposa e hijos. Cuando el hombre entró en el agua, su esposa comenzó a llorar, pero no eran lágrimas de alegría. Ella se dio la vuelta y salió corriendo.

Más tarde pudimos hablar con ella. Espetó: «¿Esto es todo? ¿Él recibe a Dios y no le pasa nada? ¿Él escapa impune,

sin ningún castigo? ¿Qué de todos los años de miseria que sufrimos nosotros? ¡No es justo!».

Esa mujer estaba llena de amargura porque era injusto que su esposo fuera perdonado sin tener que pagar por los años de abuso.

«No es justo —me escribió una mujer casada por nueve años—. Mi esposo está feliz con su novia, y yo, infeliz con los hijos». Como se puede imaginar, esa mujer pronto terminó en la amargura y en pensamientos de venganza.

Otro caso similar: los padres se enfermaron y el trabajo de cuidarlos cayó sobre los hombros de la única hija soltera. Después de varios meses, nos escribió para decirnos que «no era justo» que ella tuviera que hacer todo el trabajo.

La injusticia es una prueba de que nuestro mundo está quebrantado y no funciona de la forma en que Dios lo creó. Es más, la justicia en sí es un reflejo de Dios y, entonces, es bueno desearla; dice el Salmo 11:7: «Pues el SEÑOR es justo y ama la justicia; los íntegros verán su rostro» (vea también el Salmo 37:28; 71:16; Proverbios 29:26; Isaías 5:16; Apocalipsis 15:3). Sin embargo, debemos dejar el juicio en manos de Dios (vea el Salmo 98:9; Isaías 26:9; Romanos 2:1-6; Apocalipsis 16:7).

Todos los días hay algo que «no es justo», desde los niños en los columpios hasta las acciones del gobierno. Si uno se centra en la injusticia y no quiere soltarla, pronto comenzará el rencor, el resentimiento, el enojo y, finalmente, la amargura. Algunas personas hasta se enojan con Dios por algo injusto que les sucedió en la vida.

Para todos los que están al borde de la amargura debido a que algo no es justo, ofrecemos Lucas 18:2-8:

«Había un juez en cierta ciudad —dijo [Jesús]—, que no tenía temor de Dios ni se preocupaba por la gente. Una viuda de esa ciudad acudía a él repetidas veces para decirle: “Hágame justicia en este conflicto con mi enemigo”. Durante un tiempo, el juez no le hizo caso, hasta que finalmente se dijo a sí mismo: “No temo a Dios ni me importa la gente, pero esta mujer me está volviendo loco. Me ocuparé de que reciba justicia, ¡porque me está agotando con sus constantes peticiones!”».

Entonces el Señor dijo: «Aprendan una lección de este juez injusto. Si hasta él dio un veredicto justo al final, ¿acaso no creen que Dios hará justicia a su pueblo escogido que clama a él día y noche? ¿Seguirá aplazando su respuesta? Les digo, ¡él pronto les hará justicia!».

Dejemos la injusticia en manos de Dios y desarraigemos la amargura en nuestro corazón para estar listos para cuando Jesús vuelva a aparecer.

Preguntas para reflexión

1. ¿Está de acuerdo que es muy difícil lidiar con la amargura?
¿Por qué o por qué no?
2. ¿Recuerda haber pasado por alto una ofensa alguna vez?
¿Por qué lo hizo?

3. ¿Conoce a alguien hundido en la amargura? ¿Qué puede hacer para ayudarlo?
4. ¿Ha habido alguna injusticia en su vida que usted no ha querido soltar?
5. ¿Necesita usted reconciliarse con alguien, tal vez en su familia?